

LEOPOLDO MARÍA PANERO, MALLORCA, 1977: LA MUERTE ENTREVISTA. UN TEXTO INÉDITO DE LA NARRACIÓN DEL EPISODIO (Y DOS INÉDITOS MÁS)¹

LEOPOLDO MARÍA PANERO, MALLORCA, 1977:
THE GLIMPSED DEATH. AN UNPUBLISHED TEXT OF THE NARRATION
OF THE EPISODE (AND TWO MORE)

Túa BLESA
Universidad de Zaragoza

Resumen: Se presenta en este artículo un grupo de textos inéditos de Leopoldo María Panero en los que el poeta da cuenta de las «persecuciones» a las que se vio sometido a lo largo de su vida, y que son síntomas de una más que evidente paranoia. No obstante, Panero hizo de esta paranoia un elemento consciente de su poética, marcándola retóricamente como una sobreinterpretación hiperbólica de la realidad.

Palabras clave: Leopoldo María Panero; Psicología; Paranoia.

Abstract: This paper presents a group of unpublished texts by Leopoldo María Panero in which the poet gives an account of the «persecutions» to which he was subjected throughout his life, and which are symptoms of a more than evident paranoia. However, Panero made this paranoia a conscious element of his poetics, marking it rhetorically as a hyperbolic overinterpretation of reality.

Keywords: Leopoldo María Panero; Psychology; Paranoia.

1 Con mi gratitud a Charo Alonso Panero.

1 1977. Leopoldo María Panero era para entonces el autor de *Por el camino de Swann* (1968), publicación casi inadvertida, en 1970 José María Castellet lo había incluido en *Nueve novísimos poetas españoles*, esta sí de gran repercusión, *Así se fundó Carnaby Street* se había publicado ese mismo año, en 1972 se publicó *El ómnibus, sin sentido*, selección de limericks de Edward Lear traducidos y prologados por el poeta, 1973 es el año de la publicación de *Teoría*, en 1975 se publica *Matemática demente*, donde prologa y traduce un conjunto de textos de Lewis Carroll y esa labor de traductor y prologuista se continúa con *Cuentos, historietas y fábulas completas* del Marqués de Sade en 1976, año en que se estrena *El desencanto* de Jaime Chávarri y a principios de 1977 se publica *Visión de la literatura de terror anglo-americana*, donde de nuevo es traductor y prologuista de los textos seleccionados. Para entonces es también autor de una serie de artículos en periódicos y revistas. De su vida se puede recordar que en 1966 es detenido dos veces por actividades subversivas, como se decía, otras dos más en 1967, de nuevo, ahora por asuntos de drogas, en 1968 y una vez más en 1971, por la primera de ellas pasa por la cárcel de Carabanchel y cumple condena en la Prisión Provincial de Zamora, en 1968 había intentado suicidarse en dos ocasiones e iniciado sus ingresos en establecimientos psiquiátricos y volvería a intentarlo en 1971. Todo un *curriculum*.

Otra versión del *curriculum*. Leopoldo María Panero hablaba así de sí mismo en 1977 en «Aux grands hommes la patrie reconnaissante», un artículo publicado en *Arteguía* —texto que pasaría a ser en 1979 el prólogo de *Narciso en el acorde último de las flautas*—, en el que ya el título, la leyenda grabada en el Panthéon de París, donde reposan los restos de los *grandes hombres*, es toda una declaración de cómo se presenta el autor, por mucho que la lectura pueda ver en ello una cierta ironía. Un autor el de ese pseudónimo que enmascara su nombre al firmar el texto como Johannes de Silentio, el pseudónimo que Søren Kierkegaard, aficionado a estos enmascaramientos, había utilizado en *Temor y temblor*; con lo que Panero redundaba en la retórica panegírica, por no decir hagiográfica. Aunque en el texto mencionado afirma «no narro mi historia», la de quien se habla es «la historia de un escritor que tras trabajar como un negro por ubicarse en los límites de la historia, que no de la «gloria», descubre al cabo de los años, poco antes de morir, que no ha escrito jamás, *porque no ha sido leído*» (2001: 141), en lo que, si dice que sus textos son escritura sin lectura, no deja de encomiar su dedicación continuada a la escritura y, contrariamente a lo que se afirma, lo cierto es que las publicaciones antes mencionadas no eran pocas ni poco relevantes. Es la «historia únicamente de un escritor imaginario que, pongamos, soñó no solo haber escrito, sino incluso haberse defendido de su nombre en entrevistas, artículos y otros números circenses [...] que soñó que el arte es largo, y trabajo y no sueño, que soñó, en definitiva, haber escrito» (141). Y continúa:

Y cuando estaba, se dice, a punto de «realizar su sueño» y de ser cierto, de ser un hombre al fin, la muerte vino de nuevo a desterrarlo [...] ² de Costa Gavras [...] Aquel país que desde que empezó a querer difundir su voz se empeñó en reducirlo al anonimato, parece que tendría ahí, en esa muerte inexplicable y consentida, su inefable y rotunda victoria: de ese hombre nadie sabe nada. Y además cuentan que era poseído de una misteriosa maldad: a no dudar, la de no dejarse fusilar, porque si no ¿cuál otra?, porque si no ¿por qué luchar? Arriesgarse por una ética tan soñada, si se quiere o si se me permite, tan aérea, que parece a nadie debida, es quizá un crimen, un crimen del

2 Z es el título de la película de 1969 de Costa Gavras que cuenta un hecho real, el asesinato de un izquierdista, Grigoris Lambrakis, por el régimen de los coroneles en Grecia en 1963 y cómo se falseó la investigación para hacer del crimen de Estado un atropello por un conductor borracho.

que se despierta recordando vagamente una navaja entrevista en la bota de un hombre que no me conocía, en Mallorca, cerca del mar, cerca de aquella muerte que nos hace despertar (142-143).

Digamos que la visión que el poeta daba de sí mismo era muy similar en «Yo acuso», de 1978, texto por tanto muy próximo en el tiempo al citado, título que repite el muy famoso de Émile Zola en su intervención en el caso Dreyfuss. Panero se veía allí como «Un intelectual importante, con una obra ya hecha, editada, difundida» y también víctima, esto escribe:

linchado en plena calle, y al parecer, eternamente [...] Pero no es solo eso: el acorralamiento, el «estado de sitio» es más profundo; hay que contar también con una serie de envidiosos, de inútiles, de borrachos de pedantería extrema que se han dedicado y se dedican a hundir la publicación de mis textos en revistas y diarios, de manera de impedirme ganar el pan diario, de hundirme en la miseria por si la burla fuera poca [...] Y ello por cuanto la notoriedad negra que obtuve como beneficio fue un linchamiento me sirvió al menos para obtener la difusión que mi carácter de escritor especializado y erudito me habían negado hasta entonces (2014: 516, 517).

Ausencia de lectura, cercanía de la muerte, falta de reconocimiento, boicoteadores de sus escritos: Leopoldo María Panero se retrata en esos textos como una víctima diríase que de una conspiración universal que en Mallorca a punto estuvo de costarle la vida. Y se puede añadir que muchos años después hablaba de sí mismo una vez más como una figura de relieve: «yo, por muy destruido que estuviera y estoy, soy todavía una firma importante, como dicen los diputados horteras y con mal olor de pies en la televisión» (2002: 51).

Volvamos a Mallorca y una navaja entrevista. Salvo error mío, es en «Aux grands hommes la patrie reconnaissante» la primera ocasión en que Panero se refiere al episodio en que, intentos de suicidio aparte, se sintió al borde la muerte. ¿Qué había pasado?

En julio de 1977 el poeta había viajado a Barcelona y del 22 al 25 de ese mes se celebraron las Jornadas libertarias Internacionales. Ha contado J. Benito Fernández en *El contorno del abismo* que «Entre los tenderetes de vitualla y brebajes anda un Leopoldo María eufórico» y «pasó casi todo un día con Joaquín Jordá en el Parque Güell» y tras alguna anécdota concluye «El deterioro es ya absoluto» (2023: 274-275). En ese estado, continúa Fernández: «En contacto con Paco Monge, que vive en Palma de Mallorca, a finales de julio decide marchar a la isla. El traductor de *El Antiedipo* lo cobija en su casa» (275). El 7 de julio algunos militantes de los colectivos libertarios Talayot Corcat y Terra y Llibertat habían ocupado la isla de la Gragonera para resistir al proyecto urbanístico proyectado —los ocupantes abandonarían la isla el día 18— y Panero se unió al movimiento de resistencia. Días agitados para el poeta:

Leopoldo está tan al límite que incluso su querido amigo Monge, harto de su comportamiento, llega a echarlo de casa. Lo recoge el traductor y mecenas David Fernández Miró —el nieto mayor del pintor—, con quien tiene un altercado: le da unos guantazos porque el poeta se mete con su mujer. A la calle otra vez. Decide ahora que el lujoso hotel Valparaíso, lugar donde acaba hospedado, es un sitio seguro. Aparece por los rincones que frecuentan los libertarios, con los que ha hecho amistad. Como el bar que dio nombre al colectivo Talaiot Corcat, donde, según testimonios de la época, adoptaba la conducta de un ser absolutamente provocador, de impugnador universal. Acosaba a algunas mujeres acompañadas de sus novios o a ambos a la vez, lo que, además de la consiguiente irritación, originaba asombro y ruptura de esquemas. Hasta que tuvo problemas serios con un tipo que se enfrentó a él con una navaja y le propinó una dura paliza. Intentó liquidarle en un bar muy concurrido frente al mar. Aquel incidente le marcaría de por vida. (Fernández, 2023: 275-276)

En efecto, Panero quedaría marcado por el incidente y bastantes de sus textos dan cuenta de ello. Ya ha quedado recogido lo que se refiere al asunto en «Aux grands hommes la patrie reconnaissante», que hubo de ser escrito en fecha muy próxima al episodio mallorquín. Todavía en 2002, veinticinco años después de los hechos, en *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*, lo recordaría y de manera extensa:

Por fin, abandonado por Mercedes y por la luz, me vine a España, para ser más precisos a Palma de Mallorca, con Francisco Monge, quien se creía el Anticristo, y allí entré en un club anarquista llamado el Talayot Corcat, que dirigía el tal Monge. [...]

En cualquiera de los casos, no dejaba de beber y era bisexual «comme d'habitude», así que a los falangistas aquello del Jesucristo pedófilo les pareció una blasfemia, y quisieron matarme por primera vez. Ahora bien, en el sepulcro de los bares había estudiado la gramática de los objetos —bebestibles, se entiende— y a la coca-cola la asociaba con el excremento, y de paso con un cadáver, porque según Freud, el inconsciente equipara excremento y cadáver: ahora bien, tanto discurso freudiano no podía sino acabar en boca de una proletaria, que decía de la muerte «chocale batido»: se refería a accidentes de automóvil, que entonces empezaron.

Ahora bien, los anarquistas queríamos que no urbanizaran la isla de Dragonera, y una inmobiliaria había invertido en aquella millones. Y si para mí el nombre de la isla tenía que ver con liberar a los dioses —al monstruo del Lago Ness— de su prisión galáctica, a la inmobiliaria toda aquella historia le importaba un pito: le importaba la eficacia de mis proclamas tales como «comer y amar vienen en hindú de una misma raíz: y por eso prestadnos vuestras lanchas si no queréis terminar con un almuerzo desnudo («naked lunch»)). Y así empezó la revolución más sangrienta de la historia, mientras un viejo anarquista leía *La risa de los viejos dioses*.

No obstante, yo, en el Talayot Corcat aplastaba cigarrillos con los ojos, y miraba un recorte de un soldado que caía y decía ¿Why?, es decir, que no se explicaba por qué moría: así vacié yo —sospecho— de guardia civil la playa de Dragonera. Nadie se explicaba cómo.

Y así empezó una larga historia que me condujo a Barcelona. Al parecer, para los fascistas, yo no podía matar pero ellos sí, y si yo mataba era por efecto de una tentación diabólica, no de la más miserable defensa propia.

Ellos me obligaron en Mallorca a dejar cigarrillos debajo de las ruedas de los automóviles, para ver si yo también moría: y todo porque me identificaba con Jesucristo, que para mí era el inocente, no el culpable [...].

En cualquier caso, yo quería deshacerme de la fe, y pensé en largarme al Jazz Colon, como cuando me creía Jesucristo y era el rey del woodoo. Así que me fui con mi amigo Willmore a Barcelona, con una superparanoia —porque entonces la colectividad de la calle y de los bares existía, y no era como sé hoy subconsciente—.

Veía a la CIA por todas partes, y la CIA no cree en milagros —cree solamente en un asesino político molesto, tal como Andreas Baader y Ulrike Meinhof— porque la sangre no es ningún milagro. (2002: 18-20).

En ese mismo libro se vuelve sobre todo ello en otros dos pasajes: «En España es pecao³ ser inteligente, se castiga con la pena de muerte, con un asesinato a plena luz, sin que nadie proteste, veinte

3 Dado el descuido de algunos de los editores de los textos de Panero, no es fácil decidir si habría querido escribir «pecao», imitando así la oralidad, o «pecado»; en la duda, sigo lo editado. En cuanto al descuido, en ese mismo libro, por ejemplo, se lee «Helmut Smith» por Schmidt (20), «flaneur» por flâneur (22), «age» por âge (24), «Jesuscríst» y «Jesus Crist» por Jesus Christ (28), «Gottfrit Benn» por «Gottfried» (32) y, por no fatigar al lector, etcétera.

años adorando la muerte, a punta de navaja» y «Anticristo, palabra que como he dicho remite en mí a la prueba de vida de los guerrilleros de Cristo Rey en Barcelona» (62 y 67).

Convendrá recordar que Panero, antes de las simpatías anarquistas, había pasado por otras militancias, de las que ha dado cumplida cuenta J. Benito Fernández: «Durante este curso [1964-1965] un compañero llamado Antonio introduce a Leopoldo María en el Partido Comunista de España. El nombre de guerra que adopta es el de “Alberto”» (2023: 81), a finales de 1967 le seduce el Partido Obrero Revolucionario Trotskista, que enseguida dejó de interesarle (100). Y, contado en palabras de Panero,

Dejé el PC porque me molestaba mucho la policía y además terminé desencantado del partido. Luego en 1977 entré con los anarquistas en una organización fundada en Palma de Mallorca. Aquella fue la primera vez que me quisieron matar, fueron los guerrilleros de Cristo Rey y yo tuve que fingirme Cristo o el Anticristo delante de toda la calle (Lazcano, 2019: 17).

Con los años dirá sobre sus militancias y desencantos en *Papá, dame la mano que tengo miedo*: «yo no soy español, yo soy francés o polaco o ruso, y ya no creo en la clase obrera, ni anarquista ni marxista» (2007a: 102).

La muerte entrevista se lee, en su obra poética, en un texto en prosa de *Poemas del manicomio de Mondragón* (1987). El título ya adelanta la identificación y la indefensión: «Acerca del caso Dreyfuss sin Zola o la causalidad diabólica / El fin de la psiquiatría». Tras unos párrafos sobre la locura, escribe

Pasemos ahora al caso de Dreyfuss; el caso Dreyfuss, en verdad, fue, como el mío, un caso muy extraño. Ni él ni yo entendimos el origen de la persecución; su naturaleza, sin embargo, o su mecanismo puede definirse como el efecto «bola de nieve»: se empieza por una pequeña injusticia y se sigue por otra y por otra más aún hasta llegar a la injusticia mayor, la muerte. O bien como en el *lynch* empieza uno y continúan todos. Así, yo he sido la diversión de España durante mucho tiempo y, a la menor tentativa de defenderme, encontraba la muerte, primero en Palma de Mallorca en forma de una navaja (2001: 369).

En un artículo muy próximo en el tiempo, publicado en 1986 y donde en el título una vez más se nombran personas perseguidas con las que se identificaría el autor —a esta nómina de víctimas de las que Panero es uno más me referí en (Blesa, 2019: 219 ss.)—, «Balada de la cárcel de Reading o de la jaula de Pound», había escrito:

No es de ahora la historia, ni de hoy, ni de nunca. Proviene, precisamente, de la Edad Media, que es el instante exacto en que nos encontramos. Empieza, para mí, en 1977, Año Internacional de la Infancia⁴, me encontraba entonces en Palma de Mallorca, trabajando para los anarquistas del Talayot Corcat. Allí me creía Jesucristo, y de ahí que los mencionados sujetos [los fascistas] me vigilaran constantemente por si perdía la razón que en parte alguna se halla, a lo que se aparece. [...] Y mientras no se cumplió la profecía, todo circuló por los debidos trámites, esto es, por los círculos concéntricos del infierno de la usura mental. Pero ya aparecerían los Guerrilleros de Cristo Rey a sustituir la *libertad* por la penitencia y la tortura. Por el momento, lo que a

4 A pie de página anota Fernando Antón: «Los sucesos que se narran sucedieron en 1977, aunque el Año Internacional de la Infancia fue el 1979».

mí más me importaba era la isla de Dragonera, que los anarquistas, y *compris moi*, queríamos que no urbanizaran (2014: 146).

Oscar Wilde encarcelado por homosexual, Ezra Pound en una jaula por colaborar con el fascismo, luego recluido como loco, eran, para Panero, como también Grigoris Lambrakis, claros antecedentes de su propia peripecia, víctimas por unas u otras razones de la sociedad, camaradas, como también Dreyfuss —todavía en un artículo de 1996, «Wilde en París», nuevos antecedentes de su caso: «Wilde fue víctima [...] Un hombre como yo, linchado por toda España, y no por sus ideas sino por su extrañeza —extraño fue también Dreyfuss—» (2014: 399, 400) y en otro de 1998 «Dreyfuss tuvo, lo mismo que yo, como perseguidor a un país entero» (450) y en *Los héroes inútiles* «Dreyfuss era como yo: un hombre oscuro [...] En cualquier caso, Dreyfuss o no Dreyfuss, la vida de un loco vale veinte duros» (Panero y Medrano, 2005: 102), «Soy una mezcla extraña de Ícaro y el caso Dreyfuss» (263)— o, como se verá más adelante, Andreu Nin «propagandista peligroso», en un martirologio en el que tienen su lugar también otros mártires, como Nin, de fuera del universo literario: «Vanitas vanitatum» de *Teoría* (1973) engrosa la nómina con «Cátaros, bogomilas, guaraníes, aztecas (y el degollado en Tréveris) / exterminados por un asesino que dice ser único [...] exterminados en el nombre de Dios» (2001: 134), el delincuente José Joaquín Sánchez Frutos «El Jaro» en el poema «Canto al «Jaro» (Perro muerto en la mañana)» (2018: 206), recordado también en «Páginas de un asesino» de *Dos relatos y una perversión*: «el cuerpo [...] el mío, al que llamaban el Jaro, un turbio niño de 16 años, muerto a balazos, a golpes de risotadas, a silbidos de dementes que me llamaban por las aceras» (2007: 254), donde es relevante la identificación, *mi cuerpo=el Jaro*, la militante comunista Yolanda González Martín en el poema «Yolanda» (2018: 197-198), asesinada por miembros de Fuerza Nueva, crimen al que se refiere también en el texto «El caso Yolanda y sus consecuencias» (2018: 261-262), y a ambos jóvenes los hermana en «*La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke*» (2014: 165-174), y continúa la nómina, las brujas, a las que la Inquisición sometía a una prueba en la que con «los llamados *punzadores de brujas*» «torturaban el cuerpo de las pobres infelices para descubrir si había allí algún punto insensible» y terminaban «infaliblemente en la hoguera entre gritos de dolor que se decía probaban la poca tranquilidad de su conciencia», como se lee en «Breve historia de la brujería y el satanismo» (1981; 2014: 134), los nombrados en la sección «Todos los templos serán destruidos, todos los hombres igualados al suelo y todas las casas asiento de los dioses» de *El último hombre* (1983): el desaparecido militante de ETA Eduardo Moreno Bergaretxe «Pertur», el inca Túpac Amaru, los combatientes en Vietnam, Bertrand de Born —belicoso, alentador de guerras, pero sin un final desastroso y al que Dante situó en el canto XXVII del «Inferno» de la *Commedia* y lo presenta como «un busto senza capo»— y Thomas Muntzer, este sí, decapitado (2001: 291-296). De *Así se fundó Carnaby Street* interesa aquí «Homenaje a Caryl Chessman» (2001: 44), un texto que es cita de alguna lectura que cuenta el funcionamiento de la cámara de gas, donde acabó el homenajeado, lo que añade otra víctima a la lista y en una de las cartas de *Los héroes inútiles* el poeta, en una más de sus errancias identitarias, escribe: «Escribo estas cartas con las manos de un suicida. Con la mano amorfa de un muerto. Yo soy Gary Mark Gilmore» (79)⁵, quien fue ejecutado en la silla eléctrica. Uno más de esa cofradía de víctimas —eso son en el mundo de Panero independientemente de cuáles fueron las

5 En el libro se lee «Gay Stuart Gilmore», lo que entiendo por error del poeta... y espero no haber sobrentendido. También aquí el descuido editorial es sobresaliente, por ejemplo, «l'amr» por l'amer (19, 61), «Clement Rosset» por Clément (25), «Clouchard» por clochard (32), «Buffallo» por Buffalo (74), «A LONE» por alone (82), «Annable

razones que les hicieron sufrir el castigo—, uno más, pues, es, según él mismo dice y reitera en sus escritos, Leopoldo María Panero. Víctimas y asesinos, todos hermanados en una especie de inventario de mártires y, puesto que, como ha quedado citado, «me identificaba con Jesucristo», todos ellos conforman un auténtico nomenclátor de imágenes crísticas.

Muy poco después, en 1979, en «Yo acuso (III)», donde de nuevo se remite al caso Dreyfuss, se retoma el asunto mallorquín:

A nadie se le puede escapar que la posesión del propio cuerpo en un lugar donde este nos falta, no solo puede suponer una infinita posibilidad médica, sino también, llegadas las circunstancias, un medio de autodefensa, tan eficaz o más que el kárate, que se enseña legalmente en los gimnasios, a pesar de que, como es sabido, posee golpes mortales. Es por ello que pude hacer dos años utilizarlo, en legítima defensa, cuando fui objeto de agresiones y amenazas en la isla de Mallorca, en ocasión de hallarme trabajando con mis amigos anarquistas en contra de la urbanización de la isla Dragonera.

Ahora bien, mi defensa provocó más atentados que mi condición de anarquista y militante, y debido a ello, me vi obligado a buscar refugio en el apoyo popular más directo, es decir, a tratar de encontrarlo en la calle, siendo este el origen de mi actual situación (2014: 521).

En «La sucia y larga historia de la manipulación de un crimen», texto inédito hasta la publicación de *Prosas encontradas*, que presumiblemente debió escribirse en fecha muy próxima a los antes citados, Panero insiste en el episodio mallorquín.

«En un cuartel del sur, una vez se cometió un crimen»: así comienza, creo *Reflejos en un ojo dorado*⁶. Una vez... hace tres años, en Mallorca, empezó así el más largo proceso de los que registra la Inquisición. Algunas veces, usando como Sade hiciera desde el fondo de la Bastilla el tubo del *water* para gritar, exclamé furibundo ante una muchedumbre completamente fantasmal; la Falange al menos tiene cierto *côté kitsch* que le podría otorgar un aire «contemporáneo», pero un proceso por brujería en el siglo XX, con sambenito («Santiago», «la Bestia», etc.), y paseo por las calles incluido, ha sido ya un poco pasarse. De cualquier manera, lo ocurrido no es inefable, entra dentro de una estructura: se trata de una vieja costumbre inquisitorial: *nihil novum sub sole*.

En compañía de mi amigo Francisco Monge, recientemente fallecido a consecuencia de una sobredosis de heroína, estaba luchando contra la urbanización de la isla Dragonera. Y tenía, claro, mis propias armas: *armas corporales*; en París había estudiado a fondo mi propia gestualidad y la de los demás, la gramática de la mirada, la simbólica de los alimentos: a un nivel estrictamente biológico, freudiano quiero decir, para el cual, por ejemplo, la Coca-Cola es representación del excremento, y el excremento a su vez (según Freud) del cadáver. Lo mismo el cigarrillo, lean *Tabaquismo y coprofilia* de Julio Aray, de la escuela de Rascovsky. Había hecho también, en una habitación del Passage du Génie de París, experimentos sobre la electricidad animal, siguiendo a Wilhelm Reich. Y ese era el potencial que puse en juego, cuando la inmobiliaria que había invertido en la urbanización de la isla, decidió, sirviéndose de sus esclavos de «Cristo Rey», acabar con mi vida [...] No quedaba sino la locura, emblema por excelencia de «la Bestia», para hacer de aquel crimen un «crimen perfecto». La tradicional superstición y oscuridad mental del pueblo español completaría el esfuerzo de la destrucción total y absoluta de un escritor. Y para terminar,

Lee» por Annabele Lee, que se vuelve a leer correctamente en la misma línea (119), lo que es bastante asombroso, «FLESHIG» por Flechsig (119) y otras más que el lector enmendará.

6 Se trata de un texto de Carson McCullers, ni es exactamente el principio ni lo que dice el texto, pero sí muy aproximado. El que diga «eso creo» pone en evidencia que está citando de memoria.

las dos entrevistas que se me hicieron —las dos últimas entrevistas serias que produje en España—, una en Mallorca, sobre el lugar en que se produjera la segunda tentativa de asesinato —el mismo bar *Talayot Corcat*, que era la sede de nuestro club anarquista—, y la otra con Ángel Leyva, en Madrid, comentando igualmente el hecho, fueron vetadas por aquella misteriosa autoridad que aún tenemos la desgracia de que nos gobierne: y digo «misteriosa» por hacer alusión a su militancia en la «Santa Mafía», i. e., en el *Opus Dei*⁷, me estoy refiriendo obviamente a la UCD. (2014: 524-525).

Que se diga «hace tres años», dado que lo relativo a la isla Dragonera tuvo lugar en 1977, señala que el año de redacción de este texto sería 1980, año en el que, como dice el texto, la Unión de Centro Democrático era el partido que formaba el Gobierno de España, presidido por Adolfo Suárez. En cuanto al simbolismo del que se habla ahí en textos anteriores, en *Los héroes inútiles* escribiré «bebo una cocacola del color del excremento» (2005: 112).

Todos estos pasajes sobre la estancia de Panero en Mallorca, la cuestión de la ocupación de la Dragonera y la muerte entrevista derivan, en mayor o menor medida, de un Urtext hasta ahora desconocido que a continuación reproduzco, un relato mucho más pormenorizado que los citados hasta aquí como se verá.

Entre los documentos donados en 2017 por Beatriz de Moura a la Biblioteca Nacional de España hay algunos que guardan relación con Leopoldo María Panero, ya enviados o entregados a la editorial, ya como remitente y destinatario de cartas. Panero estuvo en contacto con la editorial Tusquets desde fecha indeterminada, pero anterior a 1972. Cuenta J. Benito Fernández que «La editora Beatriz de Moura, muy amiga de habituales de Panero [...] y también fascinada por Lewis Carroll, le prestó al poeta el tomo de *Obras completas*. A Beatriz de Moura se le ocurrió que Leopoldo podría extraer un aspecto concreto e inédito del autor británico» (2023: 190).

Es el caso que el 24 de enero de 1972 Beatriz de Mora escribió esta carta a Panero a la dirección Infanta Carlota, 98-96 [sic] / CIUDAD:

Estimado amigo (esto pertenecía a otra carta que había empezado antes)

En la imposibilidad de localizarte por teléfono, no contesta nunca nadie, me decido a escribir.

Estuve fuera unos veinte días. En Brasil, después de quince años. Al volver, sentí ganas de saber si un día publicaría o no un libro de Lewis Carroll traducido y prologado o la ostia por el poeta Panero. Tú, ¿qué dices? Sí o no.

Espero que no te hayas enfadado porque un día te pedí que no te quedaras: tenía un trabajo loco y francamente no podía —ni tenía ánimos— de charlar. Esto lo puedes comprender, seguro.

No me mandes a la mierda así, por las buenas. Es difícil comprender a un editor pequeño que, a veces, no puede controlar su trabajo y se pasa. Pero haz un pequeño esfuerzo, please.

Octavio Paz me pidió tu dirección. Se la di. El viejo te dirá algo un día de esos.

Llámame cuando puedas y aparece cuando te apetezca, pero, por favor, nunca antes de las 8 de la noche!!! Antes, soy burócrata.

Un abrazo,

Beatriz [manuscrito] (BNE, Archivo Tusquets/ 351/2)⁸

7 A lo que Panero dice aludir es al libro de Jesús Ynfante *La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafía*, publicado en París en 1970 por la editorial Ruedo Ibérico.

8 La carta tiene dos tipos de tachaduras. La primera, «Estimado amigo», con una serie de x, perteneció a la redacción original. Las restantes, con rotulador azul, hubieron de hacerse posteriormente.

Como es sabido, la selección y traducción de Panero, autor también del prólogo, de textos de Lewis Carroll con el título *Matemática demente* se publicó finalmente en Tusquets en 1975 y la misma editorial publicó en 1976 el conjunto de relatos panerescos *El lugar del hijo*⁹.

De ese epistolario es de interés la carta de la editorial al poeta, residente entonces en el Psiquiátrico de Mondragón, fechada el 25 de junio de 1997, dando acuse de recibo de un original de Panero.

Querido Sr. Panero.

Muchas gracias por el envío de su manuscrito titulado: «Una noche en un barrio obrero». En el plazo de unos sesenta días* le podremos dar noticias acerca de nuestras impresiones sobre su lectura.

Hasta entonces y agradeciéndole de nuevo su confianza en nuestra editorial le saluda,

Muy cordialmente,

Teresa Villarrubla [firma manuscrita]

Teresa Villarrubla

*[Manuscrito] Querido Leopoldo, gracias por la confianza en nosotros al enviarnos tus escritos. *En principio*, te diré algo en ese plazo, pero lo más probable es que lo haga en septiembre, después de mis vacaciones,

Un abrazo,

Beatriz

(BNE, Archivo Tusquets /351/2(4))

Tal original fue rechazado según la carpeta que contuvo el original en la que manuscrito se lee «Devuelto / El 23 9 97 / certificado / y urgente». En una tarjeta adherida a la carpeta con un clip escribió la editora: «Un abrazo. Espero, a cambio, el libro de poesía. / Un abrazo, Beatriz» (BNE, Archivo Tusquets /351/2(5)). En esa editorial no se publicó ningún libro de poesía de Panero.

De ese original enviado a Tusquets y rechazado, «Una noche en un barrio obrero», hay noticia en una entrevista realizada en septiembre de 1997 por Gorka de Duo con el poeta ya en Canarias; a la pregunta «¿Qué proyectos tienes?» respondía el poeta:

La *Tensó 2* con Claudio Rizzo, que la pensamos escribir en la calle. Estructurado como un poema único. Y mi próximo libro. Con todos los artículos que he publicado en el *Egin* y con una conferencia que di en la golpista galería Buades. Que se llamaba «Tratado general de urbanismo unitario e incitación al desorden y la desobediencia civil más profunda». Se llamará «Una noche en un barrio obrero» (De Duo, 2006).

Como es sabido, ni la nueva publicación con Rizzo, ni el libro que recogería esos artículos y ensayos se llegaron a publicar. Sí se conoce un poema de *Tensó 2*, o un fragmento ya que se habla de que el libro sería «un poema único». Stefan Scheuermann, al dar la noticia de la llegada de Panero a Canarias, lo reprodujo (Scheuermann, 1997). Ya que no en el libro mencionado, algunos de los artículos en *Egin* los recogió J. Benito Fernández en *Mi cerebro es una rosa* (1998) y estos y otros más están incluidos en la edición de ensayos panerescos a cargo de Fernando Antón *Prosas encontradas*

9 Aunque ya lo he indicado en alguno otro trabajo, el poeta en conversación telefónica me dijo que ese, y no *En lugar del hijo*, era el título correcto.

(Panero, 2014); por su parte, «Tratado general de urbanismo unitario e incitación al desorden» se había publicado en la revista *Márgenes* (3, 1981: 83-96), también recogido en el mencionado *Prosas encontradas* (113-126).

El Urtext. En el mencionado Archivo Tusquets de la Biblioteca Nacional se conservan ocho folios mecanografiados, sin título ni fecha y tampoco se conserva el sobre en que se pudo enviar, si es que así fue, aunque también pudo ser entregado en mano en alguna de las visitas que el poeta hizo a Beatriz de Moura. No es fácil saber cuál pudo ser la intención del poeta al enviar este texto, y los otros inéditos que se incluyen más adelante, pues no tienen cuerpo para un libro. En cualquier caso, como se verá por las palabras iniciales, la redacción de este texto tuvo que ser en fecha muy próxima a los acontecimientos y no antes del 18 de octubre de 1977, día en el que fue encontrado muerto en su celda el terrorista de la Rote Armee Fraktion Andreas Baader, muerte que oficialmente pasó por haber sido un suicidio, pues, como lector verá, escribe Panero: «imagino que mi «suicidio» no hubiera tenido por qué ser tan disimulado como el de Andreas Baader». Se nombra a Baader en la dedicatoria de «Storia», poema de *Narciso en el acorde último de las flautas*: «A una vieja que vi, sentada, gustando el frío, sobre una piedra de la Rue du Louvre, et ítem a Andreas Baader, in memoriam» (1979; 2001: 184), y en un texto, sin fecha, pero posterior a 1990, «Técnica del golpe de estado o acerca del misterio de la muerte», Panero deja dicho el paralelo entre él y el alemán: «A. Baader, cuyo crimen fue un crimen de la CIA lo mismo que el mío» (Panero, 2016: 110). El título del inédito es mío, así como el epígrafe «I» —la justificación se da más adelante— y, como en otras ocasiones de edición de textos de Panero, he corregido las erratas evidentes.

* * *

[La muerte entrevista]

Leopoldo María Panero

[I]

En julio del año en curso fui a Mallorca a encontrarme con mi amigo Francisco Monge, con domicilio en la calle Patronato Obrero 20, debido a que sabía que este estaba formando un grupo anarquista en el que me interesaba trabajar. Al llegar allí me encontré con el asunto «Dragonera»: los anarquistas habían ocupado una isla y trataban de impedir que se urbanizara. El asunto me pareció interesante política, estética y filosóficamente: esto último por cuanto en efecto ponía en evidencia el hecho spinoziano de que este mundo tiene sentido, no es un lugar para veranear. Yo trabajé en ello tanto como pude: ayudé a repartir panfletos, a pegar por las calles afiches, componiendo yo mismo uno, en el que decía «tout simplement» que el mundo y los hombres no pertenecen como es natural a nadie; por la calle asimismo, y mientras repartía panfletos exponía una versión de Wilhelm Reich a uso de la gente sin cultura, diciendo por ejemplo que la mejor medicina es la naturaleza, el cuerpo, acompañando esta reflexión del slogan «médicos para el pueblo». En estas expediciones de propaganda por la ciudad de Mallorca me acompañaban entre otras personas Chisca Vives, y algunas otras gentes de dinero que estaban allí no me explico por qué inexplicable caridad. A las personas que se negaban por un miedo que yo pensaba absurdo a recoger el panfleto les decía riendo: «señores pero si Franco hace un siglo que murió»: creía en efecto hallarme en plena democracia civilizada y tolerante; más tarde habría de recordar que no era así, que había aún, sí razones para el miedo y que la España

actual no es que sea fascista, es que es Chicago años 30. Pero sigamos; también disponíamos de una furgoneta con megáfono, y a través de ella nos dedicábamos a hacer propaganda por los pueblos vecinos a Dragonera, San Telmo, etc. Con la ayuda del megáfono me dediqué a una sabia y consoladora actividad verbal: combinaba frases con sentido profundo, dichas llanamente, con chistes y burlas e incitaciones a la revolución de tipo sexual. También dirigí mensajes en inglés y francés a los turistas de San Telmo con ánimo de que nos proporcionaran barcas, comida y tabaco con destino a los ocupantes de la isla: uno de estos mensajes decía lo siguiente, en inglés:

«Somebody told me that in indian to eat and to make love come from the same root, because are both communication of calorific energy; because of that, please give us some food for the men who are in the island, if you don't want to get a naked lunch.»

Allí, en San Telmo, trabé conocimiento con la feminista inglesa¹⁰, autora del libro *Our body, Ourselves* y dialogué con ella de una serie de temas de psicoanálisis corporal y de «body politics» que por entonces me apasionaban: el «double sense» que al menos en España se da popularmente a ciertas bebidas, el simbolismo anal de los cigarrillos (no por nada el pueblo los llama «cagarros»), etc. Fue una suerte encontrarla allí, en la playa de San Telmo, porque así pude comunicar agradablemente con ella de los temas que entre los anarquistas menos cultos que ella no tenían una muy considerada audiencia. Había sido invitada a la isla por otra feminista española, llamada Jimena Jiménez, responsable del grupo «Pelvis».

Finalmente, en el local desde donde se dirigía la empresa ecológica, el bar «Talayot corcat», sito en la calle de Antillón esquina a Pedro Alcántara Peña, tuve la oportunidad de ser entrevistado por varios periodistas sin que no obstante haya salido de todos aquellos encuentros verbales más que dos entrevistas, una de ellas en *Mundo Flash*, firmada por Teresa Carreras, la otra en *Última hora*, diario regional de Mallorca. La tercera está misteriosamente secuestrada sin autorización gubernativa, lo mismo que otra que me hice al volver de allí con Ángel Leyva y tres artículos que envié por correo certificado a *El viejo topo*. Pero volveré luego sobre las dos interviús que salieron milagrosamente a la luz. El caso es que yo no me daba cuenta de la importancia política que estaba teniendo, aparte de mi labor de propaganda a nivel de panfletos, etc., el hecho clave de ser popular entre el pueblo, abriendo con la llave de la voz una revolución hasta entonces guardada celosamente por esa «radio que teníamos tan bien estudiada» de la que me habló en una ocasión una amiga mía con casa frente al mar. Esto a Ezra Pound le estuvo a punto de costar la vida, y exactamente lo mismo me iba a suceder a mí, muy pronto.

El caso es que tenía costumbre de pasar con mis amigos intelectuales a un lugar de reunión de la progresía isleña llamado «El Trui»: y en una ocasión en que me había dejado el carnet de identidad extraviado en la furgoneta con megáfono de que hablé antes, me ocurrió lo siguiente: le pedí fuego a un sujeto que estaba allí apoyado en la barra del bar, y ante mi asombro me saca de allí a golpes, luego me enseña su carnet de policía y procede a pedirme el mío; yo aunque no lo tenía, le dije que era Leopoldo María Panero, que había salido en un diario de Mallorca una foto mía, y que además

10 Tras «la feminista inglesa» hay en el original varios espacios en blanco, lo que hace suponer que en el momento de la redacción Panero no recordaba el nombre y pensó añadirlo cuando lo recordara, lo que no sucedió. Por otra parte, el título completo del libro que se menciona es *Our Body, Ourselves. A Book by and for Women*, nuevo título con el que se publicó otro anterior, *Women and their Bodies* (1970), en 1971, que tuvo ediciones en 1973, 1976 y varias otras más, y es, no de una autora, sino de autoría colectiva: Boston Women's Health Book Collective,

cualquiera de mis amigos que por allí andaban, David Miró¹¹ (nieto del pintor), Francisco Monge y cualquier otro «progre» de cuyo nombre no me acuerdo podía testimoniar mi identidad, y tenía idea de que eso bastaba. Luego le pregunté por mi misteriosa culpabilidad, que no podía ser desde luego fumar mucho y no llevar encendedor; y significativamente nada se dijo allí del asunto, al parecer pues no había otra cosa que ir indocumentado pero entonces a qué la paliza previa a la demanda de identificación. Finalmente salieron en mi ayuda un obrero ex-psiquiatrizado, David Miró y ante mi asombro, yo que me creía solitario, un montón de sujetos que se ofrecía a ir conmigo a la comisaría para certificar mi identidad, lo cual era en apariencia el único punto oscuro, ¿qué otro iba a ser si no? Y sin embargo el policía insistió extrañamente en llevarme *solo* a mí, al ver la solidaridad ambiente sin embargo acabó por abandonar la pretensión. Pretensión que por si fuera poco clara desveló al poco rato un supuesto ácrata al que unos días más tarde había de identificar como uno de esos «incontrolados» y misteriosos «guerrilleros de cristo rey», cuando me dijo «déjalo, hombre, no te preocupes, vente conmigo a pasear». Imagino que el pretexto del «accidente» hubiera sido precisamente la borrachera, aunque mi bien ganada reputación de heterodoxo daba ya la fabulosa garantía. Por lo demás es bien sabido que el gobierno actual no teme quedar al descubierto delante de la opinión pública; imagino que mi «suicidio» no hubiera tenido por qué ser tan disimulado como el de Andreas Baader.

Este fue el comienzo de mi «Z» particular: a partir de ese día me sentí en peligro, y fui escapando de casa en casa por temor de lo que varias veces estuvo a punto de pasarme. Una de esas noches en que dormía a salto de mata (hecho al que alude Teresa Carreras cuando en *Mundo Flash* me deja decir que «robé un tratado de física popular en casa de un fascista» —que era uno de los pocos con esperanza de nobleza—, porque si no, ¿qué hacía yo allí?) y había escogido para pasar la noche el propio «Talayot corcat», me despertó el ruido de un coche y alguien que llamaba a los de dentro, a los dos que habían dormido conmigo, uno de los cuales era un delincuente común, el típico «lumpen» sin ideología que te vende por cuatro pesetas (en efecto, según pude saber por un amigo mío metido en «les caves du vatican» de la política, daban por mí 30 y pico mil pesetas; no mucho para recompensar toda una obra). Enseguida olfateé el peligro, les dije con miedo a los dos de al lado: «no entrarán, verdad». Y él me contestó «no te preocupes que no entran, sigue durmiendo»; claro que ni que decir tiene que no les hice ni caso, sobre todo cuando vi al lumpen levantarse para ir a abrirles. En la entrevista mallorquina que no se publicó comenté con el periodista detalle tras detalle del suceso, mostrándole el lugar donde había dormido, etc. Pero sigamos: el caso es que sin hacer caso a ninguno de los dos canallas que me habían vendido, salí por la puerta trasera y subí las escaleras con la intención de escapar por la azotea. Como la puerta de aquella estaba cerrada, pensé en saltar desde un balcón, pero lo vi improbable y finalmente opté por salir a la calle, viendo que había un obrero de los «Talleres Sol» contiguos al Talayot, trabajando en un automóvil, y que era lo suficientemente robusto para «guardarme», como se dice en el argot político. En efecto así lo hizo, sin preguntarme nada, y a pesar de los ofrecimientos gestuales (me refiero al gesto característico de frotarse el pulgar con el índice) de dinero que le hizo el otro sujeto (otro lumpen típico, pero este de mayor edad que el anterior, y que se presentó allí con el pretexto de arreglar un automóvil que luego resultó conservar misteriosamente intacto), cuando por fin abrieron el «Talayot» a las 10 y media u once de la mañana y comenzó a venir gente (entre otros al cabo de un rato el periodista del que he hablado), a pesar de ello, digo, el obrero en cuestión contestó a mis dudas con un emocionante «tú tranquilo, tío»; el otro,

11 David Fernández Miró fue efectivamente nieto de Joan Miró.

un compañero de taller, llamado de nombre Miguel, aunque más joven que él, adoptó también una actitud protectora. En fin, para no comprometerles solo a ellos dos, al cabo de un rato me fui al garaje de enfrente donde también había oportunidad de protección física contra aquella especie de moscón que venía a arreglar un coche que no estaba estropeado.

Finalmente, la tercera vez fue en una plaza de cuyo nombre no me acuerdo, pero que naturalmente llegado el caso podría identificar, en una cafetería donde me encontraba con David Miró y un amigo suyo poeta. Cuando ellos me dejaron, no sabiendo con quién protegerme escogí, tratando de remediar el mal por el mal mismo, a una de las malas bestias que andaban tras de mis zapatos. Pensé que por ser de ascendencia proletaria podía simpatizar con un revolucionario, a pesar de todo. Así que nos fuimos él y yo a la otra barra, y allí, ante mi sorpresa, y sin cuidarse mucho de disimular delante del camarero ni de nadie, me saca una especie de cuchillo bastante grande, sin sacárselo del todo de la bota, pero mostrándomelo, y me dice «ven conmigo»: ante semejante ofrecimiento ni que decir tiene que no le hice caso, y tuve el ingenio elemental de conquistarme a un turista inglés, al que le hablé en su idioma ofreciendo a enseñarle Mallorca o lo que fuera, con tal de que el sello de su embajada me protegiera provisionalmente. Finalmente, al salir a la calle, el inglés me abandonó, y entonces, viendo la cosa fea, me cogí un taxi y le dije que me llevara al hotel más caro de Mallorca, porque sabía que en el dinero estaba la «carte de vie». A pesar de mi pánico de que este sujeto me saliera también por peteneras, allí me llevó, y allí acabó la diversión. Misteriosa manía persecutoria la mía, si ese pretexto se adujera, que se cura tomando un taxi, o más tarde, emigrando a París, después de haber pasado por Barcelona, en donde unos sujetos no precisamente lumpen sin identidad política, que frecuentaban el «Café de la ópera», y uno de los cuales dijo llamarse Enrique, me destrozaron a golpes la espalda una noche en que misteriosamente, a pesar de tener tres mil pesetas en el bolsillo, y mi carnet de identidad esta vez en regla, no encontré hotel y tuve que ir a dormir a la casa de unos individuos uno de ellos «periodista» (de segundo oficio) que hicieron la labor con gran facilidad, entre insultos y amenazas de tipo político. Debo agradecerles que me perdonaran la vida. El estado en que quedó mi espalda, es decir, hecha polvo, pueden garantizarlo tanto María Luisa Domínguez Torán como Víctor Gómez Pin, a quien se la enseñé en la barra del restaurante «Nuevo Anselmo».

Otros testigos son Carlos Cabeza, propietario de una librería en Mallorca de tinte progresista, en cuya presencia tuve ocasión de ver ilustrada mi tesis relativa a un lenguaje popular de carácter corporal, porque en efecto una chica de extracción «humilde», como dirían los fascistas, le dijo allí a Carlos: «Este tío se ha pasao»¹², dice, «va a tener que probar el Laccas»; la pregunté asombrado qué era eso y me dijo, «chocolate batido». La asociación inconsciente entre cadáver y excremento tuvo allí su expresión más inquietante.

En conclusión, y sabiendo y sospechando cómo funciona la «amnistía» en los tribunales españoles, doy esto a la publicidad que espero poder alcanzar, a la espera de otra mayor o suficientemente al menos, porque mi cabeza, mi salud física y mi carrera intelectual se resienten todavía de esta tentativa fascista de acabar con un «propagandista peligroso», que es el epíteto que consta en la ficha policial de Andreu Nin.

* * *

12 En el texto se escribió «pasado» y se tachó la d con una x; «pasao» es, por tanto, reproducción del habla de quien se dice era «una chica de extracción humilde», además rima a continuación con «Laccas».

¿Conservaba Leopoldo María Panero una copia de este texto, o tuvo acceso a él, cuando redactó *Prueba de vida*? La verdad es que resulta sorprendente que en un libro publicado veinticinco años después de la redacción del Urtext, y presumiblemente escrito en fechas muy cercanas, se lean pasajes y expresiones idénticos, así, la secuencia de «[I]»

dirigí mensajes en inglés y francés a los turistas de San Telmo con ánimo de que nos proporcionaran barcas y comida [...] uno de los mensajes decía lo siguiente en inglés: / «Somebody told me that in indian to eat and to make love from the same root, please give us some food communication of calorific energy, if you don't want to get a naked lunch»

se corresponde con esto otro de *Prueba de vida*,

comer y amar vienen en hindú de una misma raíz, y por eso prestadnos vuestras lanchas si no queréis terminar con un almuerzo desnudo («with a naked lunch»);

y este fragmento de «[I]»,

una chica de extracción «humilde» [...] le dijo allí a Carlos: «Este tío se ha pasao», dice, «va a tener que probar el Laccao» [...] «chocolate batido». La asociación inconsciente entre cadáver y excremento tuvo allí su expresión más inquietante,

encuentra su eco en

a la coca-cola la asociaba con el excremento, y de paso con un cadáver, porque según Freud, el inconsciente equipara excremento y cadáver: ahora bien, tanto discurso freudiano no podía acabar sino en boca de una proletaria, que decía de la muerte «chocale batido».

Ahora bien, este segundo par de fragmentos, aunque muestra también numerosas similitudes, exhibe también una discrepancia notable: «Laccao»/«chocale», que de haber tenido Panero el texto de 1977 a la vista es de lo más probable que tal palabra se hubiera repetido sin variación (por otra parte, en el texto se lee «Lacao»; Laccao es un batido de chocolate, bebida con que la que se puede suponer que el poeta no estaba particularmente familiarizado).

De todo interés es otro de los documentos del Archivo Tusquets. Se trata de dos folios mecanografiados con firma autografiada y pie de firma y encabezado por «II», lo que, aunque el ya reproducido no lleve indicación de ser el «I», como ha quedado dicho, parece indicar que los dos forman un conjunto narrativo. Redunda en esa hipótesis el comienzo de «II»: «Como consecuencia de estas repetidas agresiones».

Lo narrado en este segundo texto se corresponde con diversos incidentes contados en *El contorno del abismo*:

Hacia finales de agosto [de 1977], huyendo de Palma de Mallorca, [Panero] regresó a Madrid. Visita a Marava en la calle de Don Pedro, donde había dejado ropa y la máquina de escribir. Se halla en un estado de histeria total. «Vino paranoico perdido. Obsesionado con que le querían matar, que la CIA le quería matar», evoca Marava. Completamente alterado le dice que se marcha a París (Fernández, 2023: 276).

La paranoia no habría empezado entonces, sino unos cuantos años antes. En una carta a su madre de 19 de enero de 1969 escribe «he comprendido que necesito algo más, que necesito algún apoyo

en la realidad, que no es el trabajo», sino «tratar de encontrarme a mí mismo en otra persona. Esa sí es una buena terapia, quizás la única, para la paranoia» (Fernández, 2023: 147). Y muy poco después, el 24 de enero, en otra carta a Felicidad Blanc vuelve sobre ello: «Si recupero mi perdido poder, poco podrá importarme el Gato, el Gato que padece lo que en mí es, a juicio de [Ramón] Vidal [Teixidor] irreal paranoia, aunque quizás de un modo muy distinto a como la padezco yo» (151).

De regreso en España el poeta y su amiga,

El martes 23 de diciembre, Marava, Leopoldo y Cristina Alberdi toman unas consumiciones en el pub Santa Bárbara; un sujeto recoge una frase en el aire que no iba dirigida a él y arremete contra el poeta y los tribunales de justicia españoles. Los tres amigos abonaron, recogieron y se marcharon del local.

Más turbulencias. En vísperas de las fiestas navideñas, Marava y Leopoldo, en compañía de Will More (Joaquín Alonso Colmenares-Navascués García Loygorri), asisten a una cena en el exclusivo restaurante Lhardy, en el número 8 de la carrera de San Jerónimo. Después continúa la jarana en la discoteca O'Clock, de la calle Hermosilla, donde Leopoldo en posesión de un librito de color rojo, localiza muy acertadamente y provoca a unos jóvenes engominados diciéndoles: «Mira, tío. Esto es la Biblia». Se trataba del Código Penal, la única biblia para el literato. Montada la bronca en la puerta del local, el que peor parte se llevó fue Will More, al que golpearon de manera salvaje y un sujeto que portaba una porra le rompió la mandíbula. Acabaron en comisaría, denunciaron la agresión y Will More fue hospitalizado.

Pocos días después tuvo lugar un extraño y oscuro suceso en Ibiza 35. Leopoldo, Alpasky y un amigo de este se quedan en casa mientras Marava camina hasta el Drugstore de la calle de Velázquez, con la intención de comprar unas cervezas. A la vuelta, un individuo se le acercó y le dijo «Desde que has puesto la denuncia te tenemos vigilada». Cuando se disponía a entrar en el portal de Ibiza, el tipo se coló con ella y la llevó hasta el sótano con la intención de violarla. Misteriosamente, tenía la llave de la carbonera. La retuvo desnuda durante toda la noche entre el carbón y la leña; la amenazó con hacerla pedacitos mientras paseaba por su epidermis el acerado filo de un hacha y, al amanecer, ante el temor de que apareciese el portero de la finca, la llevó a su casa. Conducida al domicilio del agresor, la chica telefoneó a Leopoldo y este alarmó a sus padres. Sobre las once de la mañana, el atacante estaba ya controlado psicológicamente por la intrepidez y el desenfado de la retenida; Marava salió indemne de aquel suceso. Acabó seduciendo al agresor. Cundo le explicó a su amado que el fulano era un exlegionario de nombre Enrique y trabajaba en Presidencia del Gobierno, Panero pronto lo relacionó con algo acaecido días atrás en la discoteca O'Clock, cuando agredieron a Will More. (284-285)

En carta a Mercedes Blanco Panero, estando en París, le da noticia del incidente y de su situación en España:

el caso es que *tout simplement* no puedo volver a España, cada vez que vuelvo se arma, como te probarán estos testimonios que una amiga mía ha tenido la gentileza de enviarme; en el titulado la noche de *O'Clock* podrás enterarte de que a Wilmore le han partido la mandíbula, y está enfermo de manía persecutoria (grave) en el Francisco Franco; sección médico quirúrgica; y por si todo el *coté* político del *affaire* fuera poco, antes de regresar aquí por segunda vez me dijo una chica que más me valía hacerme famoso en Francia porque lo que es en España se acabó (286).

No sé si será uno de los testimonios a los que se refiere Panero, pero en fecha muy cercana María Luisa Domínguez Torán firmaba este escrito sobre un nuevo incidente, bastante menor que los anteriores, escrito no sé sabe a quién pudiera ir dirigido, que sospeché redactó el poeta y que acabó en la editorial Tusquets sin que haya una explicación clara de por qué se les remitió:

Anoche, martes 13 de diciembre de 1977, estábamos en el pub de Santa Bárbara, calle de Fernando VI, Cristina Alberdi, Leopoldo María Panero Blanc, la feminista Betty Friedan y yo, María Luisa Domínguez Torán, tomando unos cafés, cuando un sujeto recogiendo en el aire una frase que no iba dirigida a él sino a Otero Navascués, la hizo suya, y no se sabé con qué intención arremetió contra Leopoldo con un lenguaje que inequívocamente era una provocación puesto que ponía en duda la utilidad de los Tribunales españoles de justicia y el cuerpo de abogados, cómo no, también españoles. En fin, sabiendo su juego y no queriendo entrar en su «dialéctica» cogimos la puerta y nos marchamos.

María Luisa Domínguez Torán [firma manuscrita] (BNE, Archivo Tusquets/95/1/6)

Del incidente en O'Clock da cuenta de este nuevo inédito de Panero; el título es mío, aunque recuérdese lo que se lee en una carta de Panero antes reproducida: «en el titulado la noche de *O'Clock* podrás enterarte de que a Wilmore le han partido la mandíbula, y está enfermo de manía persecutoria (grave) en el Francisco Franco».

* * *

[La noche de O'Clock]

Leopoldo María Panero

II

Como consecuencia de estas repetidas agresiones me fui a París junto a Maraba Domínguez Torán, y allí permanecimos ambos cerca de tres meses. Sin embargo, y con ánimo de publicar tres libros y reponerme un poco aquí del stress psicológico que me produjo aquella vivencia, habida cuenta de que suponía ya calmados los ánimos con respecto a mí, decidí volver junto a mi amiga Maraba. Nada más hacerlo soy insultado en el Pub de Santa Bárbara por un individuo al que puedo reconocer, y poco más tarde, en la discoteca O'Clock, entre General Mola y Hermosilla, un individuo dijo a Maraba que «no tenía nombre», y que al decirle ella una frase tal como «el único nombre es el cuerpo», contestó a semejante poesía poniéndose lapidariamente unas gafas negras. Al salir del club golpeó con una porra a mi amigo Joaquín Alonso Colmenares en la mandíbula, siendo este inmediatamente hospitalizado, y estando actualmente en reposo en el Hospital Francisco Franco. Yo y Maraba decidimos poner una denuncia y ante nuestro asombro acabamos en la comisaría no en situación de denunciantes, sino de detenidos. Testigos de este hecho son mi madre, Felicidad Blanc de Panero, que tuvo que venir a recogerme, y los padres de Maraba Domínguez Torán, que se vieron en la obligación de hacer lo propio. Al parecer en España denunciar agresiones es ilegal. Finalmente, para colmo de desdichas, un supuesto «violador» trata de asesinar a Maraba en la carbonera de mi casa; el supuesto violador por otra parte sabía lo de la denuncia, porque el pretexto para el secuestro fue decirle a Maraba que sabía lo de la denuncia, y que desde que la había puesto «la tenían vigilada»; la pobre chica se acoquinó y no supo responder al absurdo a tiempo, es decir en la calle y delante del público. Finalmente el supuesto violador la confesó que trabajaba en la presidencia del gobierno, octava planta; y desde entonces la ha hecho varias llamadas a su casa. Testigos, aparte de Maraba, son Francisco Sánchez que esa noche dormía en mi casa también, y que puede confirmar que contra lo que piensa el portero no fui yo quien estuvo con Maraba «fumando» como él dice, en la carbonera; yo no tengo costumbre de pasar frío por nada, y caso de que tuviera ganas de fumar algo lo haría naturalmente en mi casa. A Maraba la mandé a buscar unas cervezas, que eran toda la substancia de la supuesta «orgía». Testigos

son también las amigas de Maraba Mónica (abogado) y Luz, su madre, a la que tuve inquieta toda la noche cuando la llamé para decirle que su hija no volvía. Y finalmente Jorge Alemán, psicoanalista argentino, que tuvo ocasión de charlar con ella al día siguiente del suceso.

Leopoldo María Panero [firma manuscrita]

Fdo.: Leopoldo María Panero
(BNE, Archivo Tusquets /95/1/7)

* * *

Como hemos visto, cuando el poeta regresa de Mallorca y Barcelona a Madrid, Maraba lo encontró «paranoico perdido» y él mismo escribiría en *Prueba de vida* «me fui con mi amigo Willmore a Barcelona, con una superparanoia», tal que por quien se sentía perseguido era nada menos que la CIA, tal como relata la mencionada amiga de Panero: «Vino [...] Obsesionado con que le querían matar, que la CIA le quería matar», idea que no remitiría con el tiempo.

Si bien son ciertas palizas o golpes que recibió en diferentes ocasiones, no menos cierto es que la CIA no perseguía e intentaba matar a Leopoldo María Panero, delirio persistente, entre otros pasajes en este de *Prueba de vida*: «la CIA ya había tenido tratos conmigo, en París: allí quisieron quemarme con lanzallamas» (2002: 25) y en *Papá, dame la mano que tengo miedo*, publicación de 2007, dirá «Es la voz de Claudio R., la que suena como un pito en mi cabeza, el siniestro agente de la CIA y su funesta “Operación Canarias”» (2007a: 67) y, por citar otra ocasión, en una de las cartas de *Los héroes inútiles* «Los ojos no me funcionan, son ojos que la CIA ha clausurado» (Panero y Medrano, 2005: 169).

Pero es cierto, sí, que Panero sufrió varias agresiones. Además de lo que relata en los textos antes reproducidos, cuando fue detenido en una manifestación en diciembre de 1967, es encerrado en una celda con unos cuantos más; llegada la noche, los detenidos reclaman colchonetas para dormir y ante el alboroto, fueron apaleados (Fernández, 2023: 98). De otros incidentes, con agresores distintos ha dado cuenta Luis Antonio de Villena. Ha contado Villena que conoció a Panero cuando aún era solo el autor de *Así se fundó Carnaby Street*, «creo que enero de 1971» ha escrito (Panero y Medrano, 2005: 7) y que se veían con frecuencia entre 1974 y 1979 (8) y en su *Lúcidos bordes de abismo* es más explícito: «Leopoldo solía ir con lo que entonces se decía aún «chulos» y hoy decimos, parece que más noblemente, chaperos, chicos que se prostituían menos profesionalmente que hoy», que Panero no siempre tenía el dinero que ellos le reclamaban y

varias veces lo vi con golpes en la cara (ojos morados, labios heridos), algún chico bruto y de mal perder [...] le había pegado cuando, tras de la faena que no puedo dejar de imaginar un tanto incómoda, Leopoldo no le había pagado y no tenía nada de valor encima, ni el habitual libro manoseado. Una noche esa paliza debió ser más fuerte de lo casi habitual, porque a Leopoldo tuvieron que llevarlo a urgencias donde le cosieron la mandíbula rota (42-43) «Yo era cuidadoso y tuve —la verdad— escasos problemas, pero Leopoldo por su manera de ser y la habitual falta de dinero [...] abundó en ellos. La mayoría quedaban en amenazas o en efectivas palizas de madrugada extrarradial (De Villena, 2014: 42-43 y 69).

En carta a Antonio Martínez Sarrión, sin fecha, pero de finales de 1974 o principios de 1975, escribió Panero «mi mandíbula ya está plenamente recompuesta» (Fernández, 2023: 223) y sobre eso anota el biógrafo:

No es extraño que fuese producto de algún altercado, pues no fueron poca las ocasiones en que a Leopoldo le intentaron partir la cara por sus actitudes provocadoras y cargantes, ya que se hacía progresivamente insufrible. Chávarri recuerda que a veces aparecía en el Dickens con el labio ensangrentado o un diente roto, explicando que le habían pegado. Antonio Colinas, en su último encuentro con Panero, en la librería Visor de Madrid, le vio con un ojo completamente morado. Sus amigos Antonio Pardo, Pepe Palacios... también le obsequiaron con algún que otro sopapo (223 n.).

A lo que cuenta Villena de no pagar Panero a algún chaperero y la violencia que se desencadenaría se referiría este, mucho tiempo después, en *Papá, dame la mano*:

Debo estar solo en el suelo, pisoteado por los dedos de un hombre, aquel que me pide los billetes que no le doy por haberme dado por el culo. Debo estar solo en la sombra, debo ser solo una servilleta doblada por la mitad entre los dedos de un hombre, sirviente que está frente a mí al que llamo camarero o chaperero (2007a: 31).

Según él, los golpes se remontarían a la infancia y habrían continuado a lo largo de toda la vida, por lo menos es lo que dijo en ese mismo libro: «me he pasado la vida tragando hostias, digiriendo palizas» (31). En «El hombre que se creía Leopoldo María Panero» (1981), «Ya en el manicomio, persistía en su delirio, imaginaba escenas de la infancia, calles de Astorga, porrazos de mi padre» (2001: 268), a lo que aludía antes, en *El desencanto*: «sobre la familia [...] la verdad es una experiencia bastante..., en fin..., deprimente. O sea, empezando por un padre brutal» (Blanc *et alii*: 80) y en *Prueba de vida* afirma sin más la brutalidad del padre: «mi padre [...] católico y brutal [...] un borracho violento» (2002: 42) y todavía es más explícito:

Yo de pequeño, como Einstein, era autista: creía, como Freud, que todos los hombres eran marionetas, y que, como Jesucristo, que todos los hombres habían sido hechos para mi mal.

Esto, creo, me [sic] deriva de los palizones de mi padre, porque de pequeño jugaba con ositos y gatos de trapo, y él decía «este hijo nos va a salir marica». Y es que lo era (2002: 43-44)¹³.

Fuera o no como el poeta dice, «porrazos de mi padre», «palizones de mi padre», sí se han relatado algunos actos violentos de Leopoldo Panero con sus hijos. Así, rememora la madre:

Leopoldo María comienza a andar, es un niño [...] de una terquedad que vencerá a su padre desde que comienza a dar sus primeros pasos. Su primer acto de rebeldía sucede en ese verano [1949]. Intento ponerle un mono azul que no le gusta nada. Se quita la hombrera una vez. Se la vuelvo a poner. Inútil. Su padre se acerca y sin decirle una palabra se la sube de nuevo. El niño le mira fijamente y se la baja. Le da una bofetada. No llora (Blanc, 1981: 178).

Un nuevo testimonio del genio del padre con ocasión de un incidente pocos días después:

Juan Luis y Leopoldo juegan por las encinas con la niñera. Juan Luis lleva una escopeta de juguete y en un movimiento inesperado del pequeño le hiere con el cañón en un ojo. Hay gritos, Leopoldo María tiene la cara cubierta de sangre, Juan Luis está muy pálido, apenas puede sostenerse. Creemos por un momento que el niño ha perdido un ojo; afortunadamente viene el médico y después de lavarle la herida nos dice que solamente es algo superficial. Al oírlo Leopoldo, con

13 Sobre la relación padre-hijo, véase (Huerta Calvo, 2019: 151-174) y los trabajos que allí se citan.

esa crueldad que tenemos los padres con el hijo mayor, al que culpamos de todos los males del pequeño, arrebatándole su infancia y haciéndole responsable prematuramente de lo que no debería serlo, desahoga todo su furor en Juan Luis (179; y véanse 194 y 206).

Y otra más de fecha indeterminada, pero probablemente de 1953:

Una mañana él mismo [Leopoldo Panero] va a llevarlo al colegio. Pero de repente Leopoldo María le ha dicho que no al cruzar el Boulevar. Le pega su padre: es inútil, se tira al suelo. Un grupo de gente se ha parado a contemplarlo: «Déjelo, pobrecito —le dice una señora— es que no quiere ir al colegio.»

Lo trae a casa furioso, lo encierra en el cuarto de servicio: desde la ventana del cuarto nos mira desafiante (189).

Que hubiera otros episodios más es probable, más teniendo en cuenta los excesos alcohólicos del padre, asunto bien conocido y al que Felicidad Blanc hace varias alusiones en su *Espejo de sombras* (1981: 192, 193, 197, 198, 201) y recuérdense estos versos de Juan Luis Panero sobre el padre recitados en *El desencanto*: «“Poeta húmedo como Darío” / te define Oreste Macrí / en la última edición de su antología. Por supuesto, no descubre nada nuevo [...] En cuanto a los arranques violentos de tu genio, / para qué mencionar lo que todos sabemos» (Blanc *et alii*: 1976: 34). Además, en uno de los poemas de *Esquizofrénicas o la Balada de la lámpara azul* (2004) así se presentaba el poeta: «Aquí estoy yo, Leopoldo María Panero / hijo de padre borracho» (Panero, 2012: 252).

Fuera como fuera, la experiencia de violencia mayor de la vida de Panero, si se tiene en cuenta el número de trazas que ha dejado en su escritura, es sin duda alguna lo ocurrido en Palma de Mallorca y días después en Barcelona. Copio algunas de esas huellas, con detalles poco creíbles, como, por ejemplo, esto que se lee en *Los héroes inútiles*:

Oh, Medrano, la primera vez que me intentaron matar fue en Palma de Mallorca. Alguien muy cruel dijo a mi madre después:

—Señora, que si a su hijo le quieren putear, pues que se esconda, no beba y que vaya a ver a Camilo Alonso Vega¹⁴. [...] El sol brillaba en Palma por una muerte de un hombre que nunca existió (Panero y Medrano, 2005: 54-55).

En un escrito de fecha indeterminada, «La pulsión o el deseo de muerte. Un recorrido por la geografía de España», una especie de visión de los españoles según las regiones, escribe: «Valencia [...] es una ciudad muy alegre, a lo mejor porque ahí el hiperespacio brilla más, lo mismo que era Palma de Mallorca hasta que llegó el fascio a matarme en Palma, en 1977» (2016: 90). Una vez más vuelve sobre el peligro que habría sufrido en *Dos relatos y una perversión*, de 1984. Ya en el prólogo, tras recordar lo que le dicen al cónsul Geoffrey Firmin en *Bajo el volcán*, «“¿Tú escritor? Tú cabrón, tú anticrista” decía el mejicano aquel de la «Federación de jardineros» —lo que aquí se llamaba “guerrilleros de Cristo Rey”—», enlaza aquel caso con el suyo: «Aquello, que empezó en Mallorca en el verano de 1978, cuando trabajaba con los anarquistas del Talayot Corcat, me costó el exilio en París

14 En el texto se lee «Camino Alonso Vega», error evidente. Camilo Alonso Vega fue Ministro de la Gobernación de los gobiernos de Franco de 1957 a 1969. Es un caso más del descuido de algunos editores de textos de Panero, como ya advertido en notas anteriores.

y la locura» (Panero y Medrano, 2005: 248) y en el primero de los textos de ese libro, «Páginas de un asesino (novela inacabada)», «Fue en Mallorca el principio y el final, hará cosa de un año, o dos: digo eso porque desde entonces he perdido el sentido del tiempo» (2007: 251) y esta última afirmación se hace verdad en lo antes citado al escribir «1978» por «1977», error que el lector ya habrá advertido. Y un poco más adelante, recordando lo que él entiende como «exilio» en París expone una curiosa interpretación léxica que, de haberla pensado antes podría haberlo salvado del peligro:

allí está la piel, brillando, y allí aprendí la espantosa ciencia del cuerpo en el frío, en una escalera vacía, durmiendo. O recogiendo la basura para evitar, gracias a ese teatro, que me mataran. La epopeya falsa de los otros me importaba poco. Solo quería un testigo, el basurero, para evitar que me mataran. Para evitar que me dejaran solo en la oscuridad, con mi vida entera. Bueno, en resúmenes cuentas, quería ganar tiempo para que la calle se llenara de gente, y evitándome sorpresas, poder llegar al «Talayot Corcat» [...] Había inventado en París una especie de lenguaje especial. Como el de Joyce, pero más útil. Y en ese idioma «talayot» quiere decir ahora: Tala-yo, porque allí iban a derrumbar mi vida, y a dejarme en la selva como un árbol cortado (253).

Más recuerdos: «Estoy calvo y mi carne apesta. Calvo, sí, por culpa de una penitencia que empezó hace ya mucho tiempo. Qué empezó para salvar mi vida en manicomios, y de paso para matarme delante de los guerrilleros de Cristo-rey» (2005: 63); «En España es pecado ser inteligente, se castiga con la pena de muerte, con un asesinato a plena luz, sin que nadie proteste, veinte años adorando la muerte, a punta de navaja» (2002: 62); otro más en «Técnica del golpe de estado o acerca del misterio de la muerte. Réplica a Andrés Muñoz Rojo»:

Y digo que estaba bien harto de luchar por el pueblo porque llevaba luchando por él desde el 77, en donde, en Palma de Mallorca, me intentaron matar los Guerrilleros de Cristo Rey, cosa que parece increíble solo por el nosograma de la paranoia [...] Y es que los Guerrilleros de Cristo Rey, y los provocadores de la isla Dragonera, que los anarquistas queríamos que no se urbanizara, me borraron no solo por poco del mapa de la vida, sino del mapa de la luz y del mapa de la cultura (2016: 106 y 107-108).¹⁵

El padre, los chaperos, un policía en Palma de Mallorca, una navaja entrevista, los Guerrilleros de Cristo Rey, la CIA y a este listado de agresores aún hay que añadir algunos más. Entrevistado por Rosa Montero, dirá: «Primero lo vi poéticamente [que algo malo había en él mismo], ahora lo tengo claro endopsiquiátricamente... Pero, no sé, empiezo a verlo claro desde una paliza que me dio Antonio Zarza por perseguir a Nacho y cosas por el estilo» (Montero, 1984: 10c); en «“Alonso Vega”. Diario casi imaginario» escribe «Día 13 / Recuerdo cómo me pegan mis editores, Jesús Moya y Antonio José Huerga Murcia» (2014: 531); testimonios, con base real unos, fantasías otros, palabras al dictado de la «superparanoia», por emplear expresión del poeta en *Prueba de vida*, agresiones que se continúan en los centros psiquiátricos en los que estuvo, «En el manicomio de Madrid intentaron matarme hasta con lejía» dirá en *Prueba de vida* (2002: 58) y también «Me descuartizan para evitar resurrecciones», «El doctor Segundo Manchado me canibaliza, y cagando mi cerebro en el wáter, bromea, “hazme una oda”», «Ahora me empalan en uno de los barrotes del jardín» (37) y en *Los héroes inútiles* «Aquí [el

15 Aunque en *Acerca de un posible testamento* no se indica, ese texto se publicó a la muerte del poeta en *Pleamar*, suplemento de *Canarias* 7, 12 de mayo de 2014, pp. 2-3.

Hospital Psiquiátrico de Las Palmas], cuando vuelvo por las noches, me vuelven a apuntalar en la cruz, y por la mañana, claro, me desapuntalan. Me separan con una espátula de la cruz y me quitan los clavos con pinzas de depilar. / ja / ja / ja» (Panero y Medrano, 2005: 256), por citar tan solo unos pocos pasajes, disparatados pasajes. Y todo eso, ¿por qué? Recojo una de las variadas respuestas que se leen en sus textos, estas palabras de *Prueba de vida*: «he aquí por qué me querían matar: fundir la religión y el comunismo era peor que «el espectro que recorre Europa», el fantasma del comunismo [...] del mismo modo la herejía y la mística estaban perseguidas en la Edad Media» (2002: 43).

Según cuenta en «II», tras el incidente al salir del pub O'Clock, «Yo y Maraba decidimos poner una denuncia y ante nuestro asombro acabamos en la comisaría no en situación de denunciantes, sino de detenidos» y no es la única ocasión en que recurrir a la policía no ha tenido el efecto esperado por Panero. Así lo relata J. Benito Fernández:

El domingo 27 de octubre [de 1985], sobre las seis de la tarde, [Antonio] Huerga recibe la visita del poeta; su comportamiento impertinente impide al editor llevar a cabo su trabajo. Leopoldo está muy latoso. Harto, Huerga amenaza con ir a la policía, Leopoldo le contesta: «Vamos a la policía». Muy enojados, los dos se presentan en la comisaría de la calle de Leganitos, número 19. El funcionario de policía que los atiende los pasa con el inspector, y este, tras escucharlos, les dice: «Mirad, marchaos». Ni les tomaron nota de sus identidades (2023: 343);

y en *Papá, dame la mano que tengo miedo* el narrador de otra visita a comisaría es el propio poeta:

el tipejo llamado Claudio R. me sustrajo, lo mismo que una tal Sandra, alrededor de tres millones seiscientos mil pesetas, que estaban en una cuenta a plazo fijo en el Banco Popular de la calle Franchy Roca de Las Palmas. Hago unas preguntas: ¿Cómo desaparecieron misteriosamente?, ¿quién me los robó y con qué consentimiento de los del banco? La policía no me hizo entonces ni puto caso, porque un enfermo como yo no es escuchado por la policía, y yo me fui con Félix Caballero a la comisaría, donde vieron o comprobaron telepáticamente que yo estaba loco y no quisieron escucharme. Menudo país de mis huevos (2007a: 85).

Si bien es dudoso, y aun más que dudoso lo relativo a la capacidad telepática del agente que les atendió, lo que sí hay que decir que es cierto es que en la citada calle hay una oficina bancaria, hoy del Santander. Y en el ya citado «Técnica del golpe de estado o acerca del misterio de la muerte» da la explicación de por qué no podía acudir a una comisaría en los años finales de la década de los setenta:

mi interés por la calle y por los bares no era por desestabilizar la democracia con mi telepatía y con mis gritos, sino por poner una denuncia por tentativa de asesinato en un momento en que era imposible acudir a una comisaría, por cuanto estas, en la España mafiosa de la transición, estaban tomadas por el fascio (2016: 108).

A todos estos textos de agresiones, sospechas de persecución y no ser escuchado por la policía, todavía se puede añadir uno más, inédito, consistente en dos folios mecanografiados, procedente del ya mencionado Archivo Tusquets de la Biblioteca Nacional. El suceso lo ha contado J. Benito Fernández a partir de declaraciones del poeta¹⁶:

16 Anota el biógrafo: «Declaraciones recogidas en el manicomio de Mondragón el 11 de enero de 1996 y el 27 de abril del mismo año» (2023: 531, n. 16).

Alicia Ruiz Tormo, vivaracha y saltimbanqui, es la inseparable de Panero [...] Pero el literato le da mala vida y maltrata a Alicia porque, ofuscado con el presidente del Gobierno, cree que es «una espía contratada por Adolfo Suárez para averiguar qué misterio había en mi [de LMP] carne». Con ella estuvo en la verbena de San Isidro, el 14 de mayo. Alicia desapareció y Panero se quedó solo, lo que le hace sospechar que fue llevado a aquel lugar y abandonado donde nadie le conocía para que el primer hijo de mala madre le diese muerte allí mismo. Ante esta situación, Leopoldo comienza a vociferar su nombre y apellidos en un par de puestos de libros para anunciar a quien quisiera oírle que le iban a matar. Según el testimonio del poeta, milagrosamente apareció por allí Javier Barquín, «uno de los pocos que no estaba inmerso en la conspiración» contra él. Javier y dos amigos más le invitaron a unas cervezas y le reintegraron al centro en un Citroën Dos Caballos; le abandonaron a la altura del Ministerio de Defensa (Fernández, 2023: 290-291).

Pues bien, así lo contó Panero en este otro texto inédito.

* * *

Leopoldo María Panero

[III]

Anoche, día 14 de mayo, Alicia Ruiz Tormo, con domicilio en Maldonado 13, hija de María Ruiz Tormo, habiéndose enterado de mi firme decisión de llevar el asunto a los tribunales, decidió solucionarlo por la vía más cómoda, llevándome a una verbena en las afueras de Madrid, donde ante la absoluta indiferencia de la policía, me abandonó con objeto de que en aquel lugar en donde nadie me conocía me diera muerte el primer hijo de mala madre.

Ante tal situación, y viendo el peligro en que me hallaba, opté por vocear mi nombre en un par de kioscos de libros que por allí había, anunciando a continuación a quien quisiera oírme que me iban a matar. A la vista de ello, y dado que el asesinato⁽¹⁾ ya no podía hacerse como de costumbre, bajo la protección de la oscuridad, «milagrosamente» acudieron Carlos Rodríguez Sanz y Javier Barquín, quienes me condujeron en el automóvil del primero, es decir de Carlos Rodríguez Sanz, de vuelta a Madrid, y una vez reintegrados a la capital, Javier y su otro acompañante, cuyo nombre no sé, cogieron su automóvil Citroën dos caballos y me abandonaron a la altura del Ministerio de Ejército.

Leopoldo María Panero [firma manuscrita]

Fdo.: Leopoldo María Panero
Alonso Castrillo, 24, 3º 6
Madrid 20

(1) Digo bien *asesinato*, y no homicidio, y además con el agravante de *alevosía* y premeditación. La presencia de la policía armada por la zona, que solo quiso detenerme a mí y no solicitó en cambio el carnet ni de la citada Alicia Ruiz Tormo ni de su acompañante, en el momento en que demandé su presencia, esto es, cuando me di cuenta que no tenía dinero para un taxi y que estos dos individuos me habían dejado a diez mil millas de Madrid, supone por lo demás una circunstancia cuyo especial interés me permito proponer a la atención de Uds. (BNE, Archivo Tusquets /95/1/10)

* * *

¿Qué pretendía Panero llevar a los tribunales? ¿Quiénes podrían ser esos ustedes a quienes Panero informaba de unos episodios tan graves como que por el fortuito encuentro con personas conocidas no acabó en su asesinato? ¿Los lectores?, ¿la prensa?, ¿mandos policiales?, ¿algún juzgado? Fuera cual fuera el destinatario de ese escrito, lo que sabemos es que acabó siendo enviado a la editorial Tusquets. ¿Pretendía el poeta que se publicase quizá como un capítulo más de su azarosa vida junto a los textos antes reproducidos?

Y sí, Panero ha dejado noticia de la condición de Alicia Ruiz Tormo como agente de Adolfo Suárez en otros escritos: «Alicia Ruiz Tormo, la segunda virgen, «la oscura historia de prima Montse», que yo sospechaba que era un agente de Adolfo Suárez, el responsable de mi primera muerte», «cacho de carne, como decía yo para correrme sobre el cuerpo de Alicia Ruiz Tormo, una prostituta que compró Suárez, Adolfo Suárez, un hombre de la nada, un ser inmundo» (2002: 47 y 59).

Relatos de la «superparanoia», de quien se sabe perseguido, de quien sabe que nadie escuchará sus denuncias, de ahí que, como hemos visto, en algunos de los textos reproducidos, se enumeren no pocos testigos de los hechos que se denuncian, y, sabiendo que no será escuchado, el poeta relata las agresiones, los intentos de asesinato, la persecución, el que se haya puesto precio a su vida, «treinta mil pesetas por un hombre, ofrecía el llamado Adolfo Suárez, el que colgó a mi madre para que me matara» (2002: 55). En uno de los ensayos de las carpetas que quedaron en la casa familiar cuando su madre le echó de casa, lo que ocurrió en 1983 —véase (Fernández, 2023: 331)—, fecha, por tanto, *ad quem* de esas páginas, un ensayo sin título en el que habla del padre, de la relación padre-hijo, se lee: «La mirada del padre es la que nos otorga un yo», «El rechazo del padre me convierte en una eterna pregunta arrojada al vacío, y hace que carezca de alma» (Panero, 2018: 263), y pasa a hablar de la escritura, «La escritura es [...] la enfermedad de la locura, el lugar en el que este [el maldito] se *dobla* al potenciarse en un discurso y en el que, por ese mismo gesto, se debilita y se pierde» (265) y de ahí a esto otro donde las acechanzas de la muerte y el precio por su cabeza regresan, además del atropello por un automóvil como sucede en *Z*:

Muy malo fue el cálculo, veo ahora, cuando la [la escritura] tuve por infalible escudo contra una muerte que, hasta el día de ayer, he tenido todavía como previsible castigo de mis travesuras. Porque, en efecto, nada más que por eso hubiera pasado la noticia si a alguno de la jauría se le hubiera ocurrido la bobada. Una travesura, un arrebato de un tonto, la ejecución de un loco, por azar o por sueño, o por olvido de engrasar los frenos en el automóvil aquel siempre en el cruce a disposición de mi cuerpo. Un Lynch, sin duda, y en plena regla, solo invisible por cuanto plenamente autorizado y colectivo, y no solo eso, sino incluso antes y ahora protegido y estimulado económicamente por el gobierno —hace apenas un año y pico el senador Suárez daba por mí la ínfima cantidad de 30.000 pts., como me hizo saber Jesús Ynfante (yo había llegado a creer que era por nada)—: visto así, es si se quiere una ejecución en público, definición que por lo demás confirma la completa falta de legalidad del gobierno que aun en el día de hoy se piensa como tal, esto es, como representante de la legalidad y de la constitución. El gobierno que, fiando solo de sus viejos e inagotables prejuicios que me mandaron a la hoguera, decidió, y para siempre, que yo no es que fuera víctima de las apariencias, sino tan solo una *apariencia*, lo mismo que mis libros, los recuerdos que de mí había y que mi inoportuno fallecimiento después de tanta «paranoia» podía redoblar en amigos y enemigos, como suele ocurrir cuando de escritores se trata, melencólicos o no, maricones o no, desnudos o con buen tono (266).

Y no es Adolfo Suárez el único que habría puesto precio por su cabeza: «Claudio pidió que me ejecutaran a cambio de un millón de pesetas [...] Claudio Rizzo me metió en el siniestro manicomio

del Doctor Rafael Inglott para que me envenenaran a cambio de un millonaje» (Panero y Medrano, 2005: 216). Entre sus perseguidores, la secta de El Toro, «Me persigue la siniestra secta satánica El Toro, y tú, Medrano, dirás ahora que es paranoia, pero es verdad: yo nunca he mentido. La llamada de la paranoia es verdad» (123), perseguidores que tienen su origen en su relato «Aquellos que callan los nombres», relato del libro de 1984 *Dos relatos y una perversión* (2007b: 265-295), donde el narrador se llama Maurice Le Blanc, un apellido, me permito recordar, que es el segundo de los del poeta. En otros textos, la inquina contra el poeta se limita al insulto: «Desde que la diputada Cristina Alberdi me llamó «Pedo» perdí toda mi identidad», «En la calle, Medranito, unas mierdas me insultan bárbaramente cuando pienso», se lee en *Los héroes inútiles* (Panero y Medrano, 2005: 175, 38).

Entre las ideas recurrentes está el robo por parte de diversas personas, ya sean pequeñas cantidades, ya muy elevadas. Además de algún caso ya recogido antes, en *Prueba de vida*: «Las mujeres de la limpieza hablan de quedarse con mis derechos de autor para todo el mundo. Han hecho hasta un testamento» (2002: 58), «esta página inmundada que yo escribo, siempre contra España, contra Fefa — la camarera del bar de al lado, que me ha robado quinientas pesetas» (73). Y, por supuesto, entre los ladrones, sus editores, tal como se lee, entre otros textos, en *Papá, dame la mano que tengo miedo*: «mis editores me estafan» (2007a:52), y varios otros más:

También tengo en mi patíbulo personal a los abogados Gregorio A. y Bartolomé S., que nos robaron a mí y mis editores millones de euros, muchos millones de euros, y a los que podríamos denunciar ya mismo por hurto y robo con intimidación. Lo mismo que a la policía, por corrupción y tortura, especialmente cuando me echan a golpes de un banco del parque donde suelo dormir soñando con mi fracaso (83-84),

y también: «El mayor ladrón de España es Claudio R. Seguido de todos mis editores, especialmente H., y toda esa pandilla de bandidos que han hecho de mí su precioso expolio» (84), además «Una abogada de mala muerte llamada Miran quería robarme los derechos de autor en la televisión» (86).

Ni Panero fue perseguido por la CIA y mucho menos se le intentó eliminar con un método tan poco sofisticado como es un lanzallamas, tampoco fue linchado por toda España por mucho que entreviera la muerte en algunas ocasiones; que Adolfo Suárez pusiera precio a su cabeza y contratara como agente para eliminar al poeta es impensable; tampoco es creíble que el doctor Segundo Manchado lo calibanizara, etc., ni que al llegar al manicomio fuera crucificado y lo desapuntalaran por la mañana; los envenenamientos que denuncia en varios de sus escritos no pueden de ningún modo entenderse literalmente; ¿alguien puede tomar al pie de la letra que le robaran más de tres millones de euros?, ¿de dónde habría amasado semejante cantidad de dinero? Todas estas afirmaciones y bastantes otras más que el lector de la obra paneresca encuentra en estas páginas y en la obra de Panero son, dicho en términos coloquiales, exageraciones, excesos verbales que el lector reconoce ya no como inverosímiles sino como absolutamente imposibles de creer. Exceso, en griego ὑπερβολή, hipérbole, no creíble y así lo señaló Lausberg: «La hipérbole es un rebasamiento onomasiológico extremo y, en su sentido literal, increíble del *verbum proprium*» (§ 579). A propósito de que lo que se dice y de la polaridad creíble/increíble hay que llamar la atención sobre el hecho de que el poeta en sus escritos de denuncia de la violencia que ha recaído sobre él anote testigos que pudieran dar fe de lo que quizá él mismo ya sabía que podría no ser creído y así lo escribió en su artículo «Al pie de la horca», escrito en el manicomio de Mondragón, donde una vez más hacía saber los envenenamientos que sufría:

Vi junto al último artículo mío una imagen de la muerte. Sorprendente aparición de la verdad al lado de un texto sintácticamente mal hilado. El caso es que me salen las heces cuasi verdosas después de casi un mes de ingerir veneno en las comidas. El arroz envenenado con cera; el agua, con bromuro; el pollo, con estrocnina; la Pepsi-cola, con matarratas; este es más o menos el «dibujo de la muerte». Si no lo he escrito hasta ahora ha sido por temor a no ser creído. Un manicomio es, en efecto, el lugar ideal para no ser creído. A veces no sé, incluso, si es verdad mi cuerpo (Panero, 2014).

Y allí mismo añadía algunos otros testigos en lo que parece ha de entenderse humorísticamente: «Y se piensa que no hay testigos: cómo va a testificar Peter Pan, Campanilla o Napoleón Bonaparte, por más que yo diga que esas identificaciones son la metáfora de un «yo» que no existe en la especie humana.»

Así, puede proponerse que el discurso de la paranoia tiene la hipérbole como recurso retórico que le es propio, esto es, que es estructural. Siendo así, el receptor ha de interpretar desde esa clave el texto, un texto que ha sido cifrado a partir de una sobreinterpretación de la realidad.

Sin embargo, como dice Panero en uno de los fragmentos citados, «la llamada de la paranoia es verdad» y no es la única ocasión en que se refirió a ello. En uno de los artículos publicados en *Egin* comenzaba diciendo: «Leímos en un texto poco conocido de Freud («Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad») la tesis sorprendente de que el paranoico dice la verdad, o, al menos, percibe el inconsciente ajeno» (2014: 452). Este artículo se publicó en una versión más extensa —varios párrafos bajo el epígrafe «Acerca de los diversos tipos de paranoia»— en 2004 en la revista *Átopos*, párrafos que copio íntegramente.

* * *

Leopoldo María Panero

Acerca de los diversos tipos de paranoia

Tras de mucho esfuerzo, Edwin Lemert, en un texto recogido en *La maggioranza deviante* (edición de Franco Basaglia y Franca Basaglia Ongaro) ha descubierto que la paranoia pura no existe. Existe quizás tan solo descubrimiento alucinatorio de la otra escena. Y la otra escena no tiene por cierto nada de freudiana. Es una pesadilla de muñecos que hablan y se mueven sin saber absolutamente lo que hacen y lo que dicen. Que quiere decir, para el paranoico, lo que su confuso espejo susurra, al decir «hoy he ido a la lavandería». ¿Se refieren a mí? ¿Qué significa exactamente esa frase? Porque si no, por qué la dice. ¿Ha ido a la lavandería de verdad? ¿O quiere decir que ha ido a lavarse? ¿por mí, por él? ¿Habla de su mujer o de mí?

Otro hombre, otro muñeco kafkiano, mira por la calle a un cartel o a un letrero de una tienda. Allí pone exactamente «casa Poli». ¿Se refieren a Leopoldo? Y sino ¿por qué diablos miran el rótulo callejero?

Freud hablaba de la animalidad del inconsciente, del Ello, de aquello que no es nadie por una sencilla razón, por cuanto es de todos, ya que el psiquismo animal es colectivo. He aquí el misterio de la otra escena, una certidumbre alucinante, un gran dios pardo. Animal de fondo como decía Juan Ramón Jiménez, en su último libro, tan deseante de Stefan George.

Otras inmensas nulidades hablan del delirio de autorreferencia. Carl Gustav Jung, más prudentemente, hablaba de una causalidad unívoca, a la que apodaba sincronía. Tal vez se refiera a la

sustancia spinoziana, que como he dicho muchas veces carece de identidad, de yo y de nombre. *Habet mille nomina*.

Es necesario precisar, sin embargo, que existe otro tipo de paranoia menos alucinante y más concreta, que es aquella de la que habla Edwin Lemert en el texto ya citado, cuando dice que el paranoico tiene realmente perseguidores. Me refiero al caso de Jacobok Petrovitche Goliadkin [usualmente en las traducciones al español: Yakov Petrovich Goliadkin], el protagonista de *El doble* de Dostoyevski, un sujeto frecuentemente deforme, enano o ridículo, del que se burla todo el mundo, del que todo el mundo ríe y que, para dar sentido estético a su locura, inventa los masones y la CIA y así trata de recuperar la razón. Efectivamente, como afirmaba Sigmund Freud, el delirio es un esfuerzo para recuperar el sentido. Pero ese sujeto, enano o torpe, existe, y ya loco, declara, como alguien que conocí en el manicomio de Ciempozuelos, «soy guapo» (no soy feo) y «soy de Madrid» (estoy aquí). En la segunda parte de su delirema se refiere a la psiquiatría, en la primera a su oscuro pasado prefreudiano.

Otro modo de la paranoia es la visión subliminal. Algunos creen efectivamente ver sonrisas, y efectivamente sonríen en el fondo.

La locura es una regresión al cuerpo.

* * *

Sin entrar ahora en otras cuestiones que estos párrafos suscitan, hubo de interesar a Panero leer y dejar dicho con Lemert, que *el paranoico tiene realmente perseguidores*. Lemert y esa afirmación aparecen en varios otros textos de Panero: en 1984, en el artículo «Acerca de la literatura» escribe «Sin duda, como decía Edwin Lemert en *La maggioranza deviante*, el paranoico tiene realmente perseguidores» (2014: 144); en «Acerca de Kafka», de 1996, «como dijera el antipsiquiatra inglés Edwin Lemert, el paranoico tiene realmente perseguidores, por mucho que aquellos no se reconozcan como tales» (414); en 1998, en «Los manicomios o las máscaras de la muerte»

como decía Edwin Lemert —un antipsiquiatra inglés—, el paranoico tiene realmente perseguidores: perseguidores sórdidos —el camarero o el compañero de oficina—, pero perseguidores de verdad, como en lo que yo llamo Yakov Petrovich Goliadkin, el protagonista de *El Doble* de Dostoievski (450),

y ese mismo año en «La noción de «pecado» como certidumbre del otro», aunque con cita diferente, «como dijera el antipsiquiatra inglés Edwin Lemert, existe una suerte de “tasa social sobre el fracaso”» (470)¹⁷, y vuelve a recordarlo en el epistolario con Medrano al retratarse como «Un hombre

17 Lo que se lee en el trabajo de Lemert que se cita luego en el texto y de donde podría provenir la cita es: «Lo intolerable de la pérdida del status actual, que podría aparecer de poca importancia a los ojos de los demás, es la expresión de un compromiso más intenso, nacido en algunos casos de la conciencia de que en nuestra sociedad hay una tasa de fracasos» (Basaglia y Basaglia: 44). En realidad, Lemert no era inglés como dice el texto, sino norteamericano, y tampoco, propiamente hablando, antipsiquiatra, sino sociólogo, bien que sus trabajos interesaron en ese otro campo, si es que en último término están diferenciados, como muestra que Basaglia y Basaglia incluyeran un trabajo suyo en el libro que se menciona a continuación en el texto. Por otra parte, a Basaglia lo cita en *Papá, dame la mano que tengo miedo*, «Decía Franco Basaglia: “Los locos son solo desechos que la suerte ha escupido”» (2007: 63).

múltiplemente envenenado, múltiplemente puteado pero un hombre, libre del latigazo social sobre el fracaso del que hablara Edwin Lemert» (Panero y Medrano, 2005: 46).

Pero hay que ir al texto de Lemert que editaron Basaglia y Basaglia en el volumen citado por el poeta y que este debió de leer en su traducción *La mayoría marginada*, publicada en 1973 y de nuevo en 1977, con el título «Paranoia y dinámica de la exclusión» y los editores advierten en la nota de presentación del volumen citado que reproducen íntegramente el trabajo de Lemert «Paranoia and the Dynamics of Exclusion», publicado en *Human Deviance, Social Problems and Social Control* (New Jersey, Prentice Hall Inc, Englewood Cliffs, 1967). Pero es el caso que la tesis de que el paranoico tiene realmente enemigos no pertenece al texto de Lemert, sino a Basaglia y Basaglia y aun la escriben, dicen, como irónica. Así es, inmediatamente a continuación del trabajo de Lemert, sin advertencia de que cambia el enunciador, simplemente en punto y seguido, lo que se lee en *La mayoría marginada* es: «El texto de Lemert se funda en la esperanza de la denuncia y podría concluirse con la irónica frase, que conserva el dramatismo de la situación: “Aun los paranoicos tienen sus enemigos”» (Basaglia y Basaglia, 1977: 62). Aunque el modo de composición del texto, ausencia de alguna línea en blanco u otra señal tipográfica que lo advierta, es evidente que el comienzo de las palabras citadas, «El texto de Lemert se funda», no puede atribuírsele a este, sino a los editores y, por tanto, es responsabilidad de estos lo que denominan «irónica frase». Una frase, pues, no de Lemert y, por cierto, de dudosa autoría aunque se le suele atribuir al escritor norteamericano Delmore Schwartz, «Sometimes even paranoids have enemies». En conclusión, ni Panero advirtió el cambio en la enunciación ni lo irónico de la frase y la hizo tesis decisiva sobre la paranoia, enunciada en palabras del poeta como «el paranoico tiene realmente perseguidores». Y a la vista de las reiteradas denuncias de perseguidores en textos aquí citados, y en bastantes otros más que se podrían añadir, se puede afirmar que Leopoldo María Panero creía firmemente que, como en una especie de conspiración casi universal, sus perseguidores eran legión.

Paranoia, «superparanoia», interpretación o sobreinterpretación de la realidad, delirios, locura. Dejemos ahora la última palabra a Jacques Lacan cuando en «Lacan pour Vincennes!» dice —¿tendría razón?— que Freud «a considéré que rien n'est que rêve, et que tout le monde (si l'on peut dire une pareille expression), tout le monde est fou c'est-à-dire délirant»,

Referencias bibliográficas

- BASAGLIA, Franco y Franca BASAGLIA ONGARO (1977). *La mayoría marginada (La ideología del control social)*, trad. Jaume Reig. Barcelona: Laia.
- BLANC, Felicidad (1981). *Espejo de sombras*. Barcelona: Argos Vergara.
- BLANC, Felicidad *et alii* (1976). *El desencanto*, pról. Jorge Semprún. Madrid: Elías Querejeta ediciones.
- BLESA, Túa (2019). *Leopoldo María Panero, poeta póstumo*. Madrid: Visor.
- DUO, Gorka de (2006). «Leopoldo María Panero. Conversaciones». En <https://gorkadeduo.blogspot.com/search?q=Panero>
- FERNÁNDEZ, J. Benito (2023). *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, nueva edición ampliada y revisada. Barcelona: Anagrama.
- HUERTA CALVO, Javier (2019): «Leopoldo María Panero: nueva carta al padre», *Leopoldo María Panero: los límites de la palabra poética*, Clara Isabel MARTÍNEZ CANTÓN *et alii* (eds.), Valencia: Tirant Humanidades, pp. 141-174.

- LACAN, Jacques (1978). «Lacan pour Vincennes!». En <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1978-10-22.pdf>
- LAUSBERG, Heinrich (1966). *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, trad. José Pérez Riesco. Madrid: Gredos.
- LAZCANO NEBREDAS, ASÍS (2019). «Leopoldo María Panero y Michi. Locura, familia y literatura», *Anales de la Fundación Canis Majoris*, 4, 2019: 11-30. En <https://canismajoris.es/wp-content/uploads/Revista-anales-2019.pdf>
- MONTERO, ROSA (1984). «Leopoldo María Panero. La larga herida», *El País Semanal*, 2 de septiembre: 8-11.
- PANERO, Leopoldo María (2001). *Poesía completa. 1970-2000*, ed. y pról. Túa Blesa. Madrid, Visor.
- (2002). *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*. Madrid: Huerga y Fierro.
- (2004). «El lenguaje impublicable de la paranoia», *Átopos. Salud mental, comunidad y cultura*, 3.
- (2007a). *Papá, dame la mano que tengo miedo*, pról. Ana María Moix. Barcelona: Cahoba.
- (2007b). *Cuentos completos*, ed. y pról. Túa Blesa. Madrid: Páginas de espuma.
- (2014). *Prosas encontradas*, ed. y pról. Fernando Antón. Madrid: Visor.
- (2016). *Acerca de un posible testamento*, ed. y pról. Ángel L. Prieto de Paula. Madrid: Huerga y Fierro.
- (2018). *Los papeles de Ibiza 35*. Poemas, cuentos y ensayos inéditos, pról. Javier Mendoza, estudio preliminar Túa Blesa. Madrid: Bartleby.
- PANERO, Leopoldo María y Diego MEDRANO (2005). *Los héroes inútiles*, pról. Luis Antonio de Villena. Castellón: Ellago ediciones.
- MONTERO, ROSA (1984). «La larga herida», *El País Semanal*, 2 de septiembre, 8-11.
- SCHEUERMANN, Stefan (1997). «El sol después de la niebla», *El País*, 31 de julio. En https://elpais.com/diario/1997/07/31/ultima/870300001_850215.html
- VILLENA, Luis Antonio de (2014). *Lúcidos bordes de abismo. Memoria personal de los Panero*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.